

## CAPITELES Y MATERNIDADES ROMANICAS

Soy asiduo del Panteón de Reyes de San Isidoro de León. Cien veces quise comentar en un medio de comunicación lo más valioso —lo que considero más valioso— del Panteón. Cien veces me volví atrás.

No desartaré de nuevo. Estoy decidido a dar una explicación convincente del Panteón y aunque no pretende responder con esta explicación al interrogante de tantos leoneses: “¿Desde cuándo se da culto permanentemente a la Eucaristía en la Basílica Isidoriana”, quizá los lectores de TIERRAS DE LEÓN después de haberme leído se atrevan a hacerlo y contestarán: “Desde el año 1063”.

Lo más valioso del Panteón —lo que considero más valioso— son sus capiteles centrales, exentos, dinamizadores de arcos y bóvedas más que receptores de sus cargas y empujes (los capiteles inspiraron todos los motivos escultóricos y pictóricos del Panteón y, de forma particular, las pinturas de las dos bóvedas centrales: el Cristo Pantocrátor y la Primera Cena del Reino de Cristo; lo comprobaremos de inmediato).

La decoración de uno y otro capitel y la de sus cimacios correspondientes es enteramente vegetal: hojas, tallos de extremos espiriformes, y frutos.

Me duele, me apena leer y oír: “En un capitel aparecen las manzanas, el fruto de la maldición, el causante de la ruina de Adán y de toda su descendencia; en el otro, las piñas, el fruto de bendición”.

¿Qué fundamento existe para afirmar que son piñas esos frutos colgantes de los tallos de extremos espiriformes y de hojas en nada parecidas a la acículas del pino? ¿Cuelgan las piñas de las ramas? ¿Desde cuándo las escamas de la piña dibujan rombos?

¿Son manzanas esos frutos esféricos como bolas de billar? ¿Qué tienen que ver las hojas polilobuladas —en todo semejantes a las del capitel de las “piñas”— a las que están unidos con las del manzano? ¿Brotan manzanas de tallos envueltos en espiral? (Un español de renombre universal en la historia del arte llamó a esos frutos bulbos, y nos sumió a todos en la confusión).

(Me apropio el dicho de San Agustín: “Tengo mil razones para quien cree; para quien no cree no tengo ninguna”).

Pues el arte medieval cristiano no es otra cosa que la expresión de la fe —la fe como aceptación de una persona, Cristo, y de su mensaje— lo más significativo de una obra de arte cristiano ha de observar referencia directa a Cristo.

Es evidente la función arquitectónica desempeñada por las dos columnas centrales del Panteón. Sólo ellas soportan las seis bóvedas de este sagrado recinto.

Pero el maestro del Panteón quiso hacernos entender en las dos columnas una función más trascendente que la puramente arquitectónica. Y para ello cubrió de símbolos los elementos más ricos de estos dos robustos soportes. En los dos capiteles está figurado Cristo.

En realidad, las “piñas” no son tales, sino racimos de uvas (vino). Y esas extrañas manzanas, el trigo (pan). Los tallos de extremos enrollados en espiral aluden, necesariamente, a la vid, de cuerpo helicoidal, o a los zarcillos nacidos de los sarmientos. (Captar estos significados supone, indudablemente, estar familiarizados con el lenguaje simbólico: supone, sobre todo, haberse colocado del lado de Cristo; ya lo hemos insinuado). Cristo, simbolizado e identificado en la piedra con el pan y con el vino, es el mismo que se nos muestra en las pinturas de las seis bóvedas. Las dos del sur nos narran su nacimiento. Las dos del norte, su muerte y su glorificación. La central del poniente, la institución de la Eucaristía. En la central oriental Cristo es luz y señor de todo el mundo (Pantocrátor).

Tenemos derecho a preguntarnos si el Panteón fue en sus orígenes lugar de reposo para los cuerpos de la familia real de don Fernando y de doña Sancha; si fue pensado como iglesia; o si fue simultáneamente iglesia y panteón.

Existen razones para formular estas preguntas: no hay casi explicación para la representación del Cristo Pantocrátor en la bóveda situada al oriente de los dos capiteles, si no se celebraba bajo ella el sacrificio eucarístico. Poco trabajo cuesta imaginarse el cuadrado del Panteón planta de una iglesia de tres naves y tres ábsides; al ábside central se accedía bajo el arco insistente sobre los capiteles del pan y del vino después de haber sido adoctrinados acerca del Sacrificio del Altar en la reducida nave cuya bóveda se decora con la pintura de la Cena.

Sólo panteón, sólo iglesia, o iglesia y panteón al mismo tiempo, lo cierto es que la pareja de capiteles con las plantas y los frutos eucarísticos del Panteón de Reyes fueron copiados en multitud de iglesias románicas. Y siempre para trazar sobre ellos el arco llamado triunfal, el arco que explica todo el ser del templo cristiano, porque introduce en el espacio donde el significado por el pan y por el vino se ofrece en sacrificio de alabanza a Dios y de propiación a favor de los hombres.

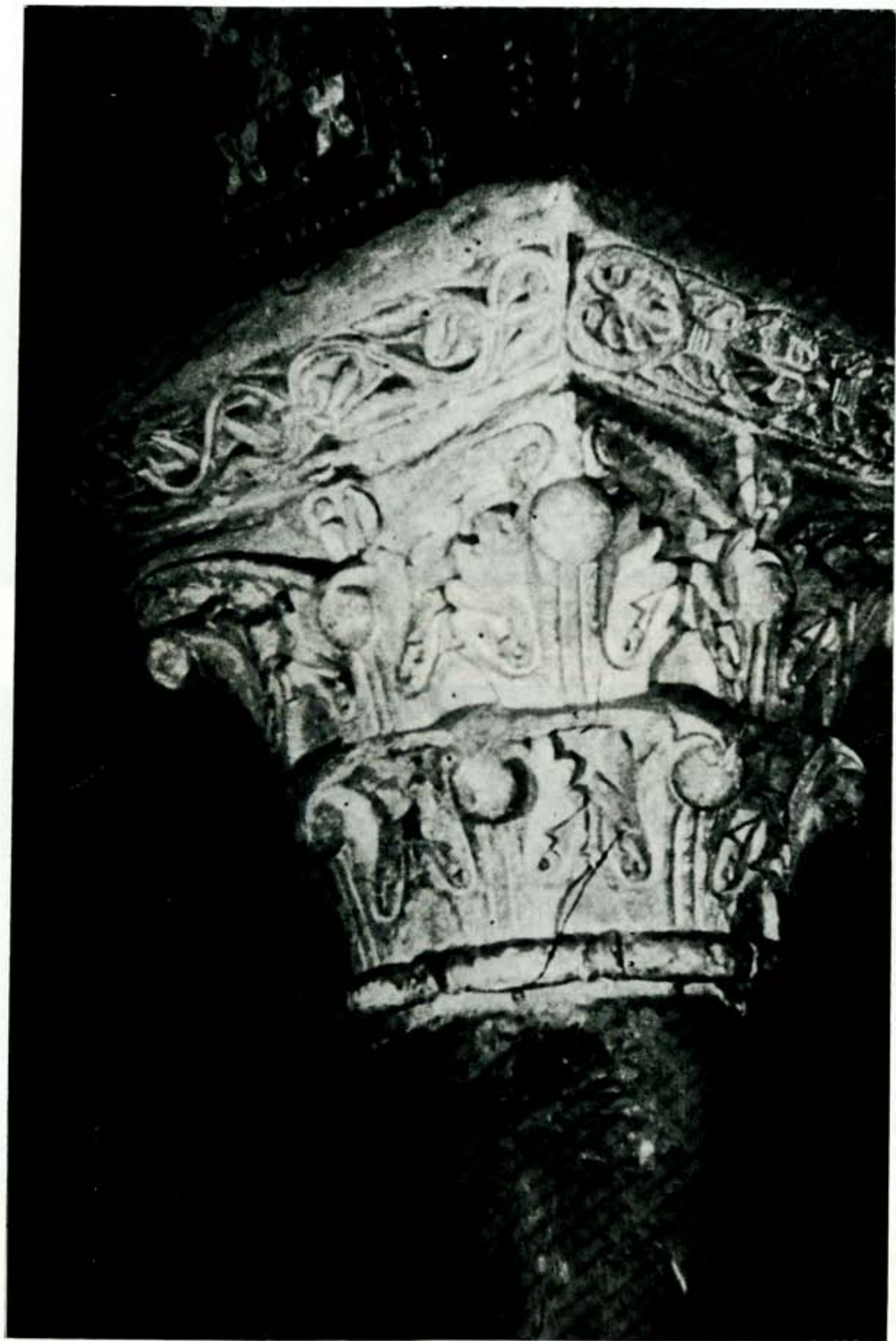
Podría nombrar más de veinte iglesias románicas gallegas, de las pocas que aún conservan el ábside de origen, donde el arco triunfal descansa sobre capiteles, uno de ellos, con la representación del pan en forma de esferas; el otro, con la representación de los racimos. Me contento con citar tres monasteriales de la provincia de Lugo: Santa María de Penamayor, Santa María del Meira y Santa María de Castro de Rey de Lemos. También, San Salvador de Vilar de Donas, relacionada con la orden militar de Santiago.

Se me puede preguntar por qué creo que las bolas, muchas veces sólo semiesferas, significan el pan eucarístico y, por lo tanto, a Cristo.

Preferiría contestar de palabra y no por escrito. Sin embargo, a quien esté interesado en una pronta respuesta le diré que suba el coro de la Basílica Isidoriana y observe uno de los capiteles de las columnas sobre las que se curvan los arcos fajones de la bóveda. Verá a varios personajes vestidos con ropas talaras llevar en su manos unas grandes bolas (estos personajes son, sin género de duda, sacerdotes). Nos encontramos con la primera representación en la piedra de la ostensión del Santísimo Sacramento. (Un cáliz labrado en el mismo capitel nos obliga a olvidarnos definitivamente de las manzanas; sería más que ridícula la escena de cuatro clérigos ofreciendo manzanas).

La esfericidad del trigo está sugerida, me parece, por el dato bíblico del libro del Exodo, en el capítulo dieciséis. Al relatarnos el escritor sagrado la aparición del *maná* lo describe con dos términos equivalentes a *esférico* o *redondo*: “granulado” y “como escarcha”.

Para apoderarnos de toda la fuerza del símbolo eucarístico esférico nos será necesario leer el capítulo sexto del evangelio de San Juan, y calar en estos versículos: “Nuestros padres comieron el *maná* en el desierto, según está escrito: *Pan del cielo les dio a comer*. Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: No fue Moisés quien os dio pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo:”. “*Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera*”.



Capitel del Trigo Eucarístico. (Panteón de Reyes).



La Flor Eucarística; el fruto redondo (el trigo), en el centro; las uvas, alrededor. (Basilica Isidoriana).



Las almas —dos palomas— comen de una bola (el Pan Eucarística). (Pedrosa del Rey).

La bola, símbolo del trigo, del pan, o del mismo Cristo; unida a un tallo, colgando de una hoja, en serie con otras bolas es *maná escondido* —tomo la expresión del Apocalipsis— en el Panteón de Reyes (contemplar en el mismo Panteón la serie de nueve medias bolas del altar del sacrificio de Isaac en referencia al sacrificio redentor de Cristo).

No se puede comprobar en suelo hispánico la presencia de la bola eucarística con anterioridad a 1063, año de la terminación de la iglesia dedicada a San Juan Bautista, en la que queda incluido el Panteón, obra de los reyes leoneses Fernando y Sancha. Ni siquiera en las iglesias mozárabes más tardías, como la de Santa María de Lebeña, Cantabria (Jacques Fontaine afirma en su libro PREROMAN HISPANIQUE, página 156, a propósito de los caulículos de algunos capiteles de esta singular construcción, que sus extremos se tornan semiesferas; estas semiesferas serían, según él, el precedente de las bolas —las más hermosas que conozco— de la iglesia románica de San Pedro de las Dueñas, monasterio benedictino femenino próximo a Sahagún de Campos. Puedo asegurar que no hay semiesferas en Lebeña).

El racimo de uvas para significar la sangre de Cristo y, como las bolas, a Cristo tiene una larguísima tradición. Racimos abultados, y racimos planos (por ejemplo, los del arte asturiano). Racimos triangulares, y racimos circulares (así los de la portada del Cordero de la Basilica, colocados en el centro del friso de los doce signos del Zodiaco). Uvas como perlas, y como discos (besantes) y, lo más ordinario, como rombos. Pero no me atrevo a decir que las uvas romboidales hayan nacido en el Panteón (se pueden ver ya en la iglesia mozárabe de San Miguel de Escalada).

De frutos esféricos he de seguir escribiendo. Porque en una publicación reciente, THEOTOKOS, debida a la pluma de Máximo Gómez Rascón, la bola en las manos de la Virgen María, de las Maternidades románicas del Museo Catedralicio Diocesano de León, recuerda la manzana que causó la muerte del primer hombre y de toda la humanidad (cfr. págs. 17 y 18).

Solamente en siete fotografías, de las veintidós que contiene la publicación THETOKOS, se distingue la bola en las manos de la Madre. En cuatro de estas siete, la bola aparece también en las manos del Niño. En un par, la bola reposa en las manos del Niño y no en las de la Madre. Muy interesante el grupo procedente de Salce; Ella y El sostienen una bola, pero en la de la Madre posa el Niño su mano derecha.

¿Qué decir de todo esto?

Afortunadamente, a ninguna de estas Maternidades se la denomina Nuestra Señora de la Manzana, título que lleva la del Museo de Silos.

Imposible que los imagineros medievales colocasen en las manos de Santa María el fruto de la muerte cuando por Ella nos vino la salvación. Si, puestos delante de una imagen de Nuestra Señora, le rezamos el Avemaría y la Salve captaremos enseguida el riquísimo contenido del símbolo esférico.

“Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre, Jesús”, decimos en el Avemaría. “Y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre”, decimos en la Salve.

La bola es un fruto, pero no la representación de la manzana. Lo que nos ofrece la Madre en sus manos es, en realidad, el fruto de su vientre, el mismo de carne y hueso que sentó sobre sus rodillas. (Es indiferente que la bola ocupe la mano derecha de Ella, la mano izquierda de El, o las manos de Ella y de El). La identificación del Hijo con el fruto redondo es claramente perceptible en el grupo ya citado de Salce. Lo recordamos: la Madre sostiene una bola con la mano derecha; el Niño, otra en su mano izquierda; y posa la derecha en la bola de la Madre.

Me hubiera gustado que Máximo Gómez Rascón hubiese comparado las Maternidades románicas del Museo Catedralicio Diocesano con la gótica del parteluz de la puerta central de la catedral

(fachada occidental), la conocida como *Virgen Blanca*. En la mano derecha de la Virgen había una flor (desaparecida, desgraciadamente); la bola está en la mano izquierda del Niño. Lo mismo que en la Maternidad gótica de Lario, procedente del monasterio de Eslonza. Como en no pocas imágenes marianas de las Cantigas de Alfonso X. Como en la hermosísima de Nuestra Señora de Estíbaliz (Alava) o en la de Santa María la Real de Nájera (La Rioja).

Está todo muy claro: María es la flor de la que nace el fruto. Aunque Madre, permanece Virgen. Por eso la flor de Santa María conserva los pétalos. Jesús es el fruto de la flor.

Flor, Santa María, en la peana de La Piedad —Virgen del Camino— de la Basílica Isidoriana (el fruto esférico, en el centro; las uvas, alrededor de los pétalos).

Flor, Santa María, que está pariendo un racimo de uvas, en un capitel de la Basílica Compostelana.

Santa María de la Flor, me gustaría llamar a la conocida por la Virgen del Pastel de la catedral de Avila (el Niño sostiene la bolita en la mano izquierda y posa delicadamente la derecha en la flor de la Madre).

Quiero aclarar una duda: la bola pequeña de las Maternidades románicas o góticas tempranas no se puede confundir nunca con la grande ¿bola del universo? de la que se acompañan algunas imágenes tardías de Cristo (en el caso de las imágenes de Cristo niño —Niño Jesús de Praga, por ejemplo— se debería defender la dependencia de la bola de la pequeña que tenía en sus manos cuando la Madre le colocaba sobre sus rodillas o le llevaba en brazos).

La bola grande exige ser mostrada sobre la mano extendida; no así la pequeña. En el grupo del Niño con la Madre del trascoro de la Catedral de Toledo, de más antigüedad que la Virgen Blanca del coro, el Niño casi oculta entre los dedos de su mano izquierda la bolita y la vuelve hacia abajo. La madre “reclama” sus derechos sobre esta bolita —el fruto de sus entrañas— y logra tocarla con el dedo pulgar de su mano izquierda. Lo puede hacer fácilmente porque sostiene en su brazo izquierdo al pequeño.

Jesús, trigo (pan), y uvas (vino) se hace alimento de las almas. Que lo digan las dos palomas de la iglesia de Pedrosa del Rey (Riaño) dispuestas a comer de una bola, o las del Panteón de Reyes, preparadas para beber de un jarro de vino.